



Carta a la Orden con motivo de las próximas beatificaciones

“Felices aquellos a quienes ha sido concedido que lo que en cualquier caso tiene que llegar, llegase por Cristo” (S. Agustín, Sermón 375/B, 1).

Queridos hermanos:

Hemos recibido con gozo la noticia de que noventa y nueve hermanos nuestros serán proclamados *mártires de la fe*. El próximo 28 de octubre, en Roma, serán beatificados noventa y ocho agustinos víctimas de la persecución religiosa del siglo pasado en España. Y en fecha aún sin determinar, lo será el japonés Tomás de San Agustín JihyMe Kintsuba († 1637), sacerdote profeso de la Provincia de Filipinas.

San Agustín dice de los mártires que son *“aquellos a quienes les cupo en suerte morir por Cristo, y que así en cierto modo le devolvieron lo que él les había dado. El Señor les había dado el morir por ellos; ellos se lo devolvieron muriendo por él. Pero ¿qué le iba a devolver un pobre desdichado si no se lo hubiese dado el Señor dichoso? Así pues, Cristo concedió a los mártires el que pudiesen devolverle lo que él les había dado”* (Sermón 375/B, 1). Nuestros hermanos mártires vivieron una vida religiosa entregados a su ministerio y a su profesión religiosa, siendo en ocasiones modelos por su virtud, por su amor a la Eucaristía y por su devoción a la Madre de Dios. De alguna manera ya estaban devolviendo al Señor el don de la vida que de Él habían recibido. Pero un día se la devolvieron del todo y de una vez, muriendo con Él y en Él.

En medio de la persecución, el mártir, *en virtud de la sangre del Cordero*, antepone su fe a su vida. Su testimonio se convierte en profecía que anuncia la redención para todos, al unir su sangre a la sangre de Cristo. Por ello, san Agustín nos invita a su glorificación: *“Glorificamos a los santos mártires que lucharon contra el pecado hasta la muerte, por encima de los demás hombres; los glorificamos porque sufrieron la muerte por la verdad, y al morir encontraron la vida”* (Sermón 335/B, 1).

Así, desde hace años, la Orden se preocupó de que no cayera en el olvido el holocausto de sus hijos, iniciando oportunamente el proceso de beatificación que acaba de llegar felizmente a su término.

Al hacer memoria especialmente de los mártires que serán próximamente beatificados, os invito a considerar que eran personas sencillas, muy jóvenes algunos de ellos; no aliadas con los poderosos y sin implicaciones políticas; que no lucharon contra nadie, sino que murieron simplemente por ser religiosos, y lo hicieron perdonando a sus verdugos y confesando su fe en Cristo. En tiempos difíciles, con la gracia de Dios, sacaron fuerzas en su debilidad para mantenerse fieles hasta la entrega de sí.

Su testimonio nos habla de fe, de fortaleza, de amor encendido, de valentía generosa, de caridad decidida. Un testimonio que es de inapreciable valor en medio de una cultura dominada por el egoísmo y por el miedo al compromiso. Y que se convierte también en una denuncia de las actitudes de comodidad y cobardía que, tantas veces, empobrecen nuestro seguimiento de Jesús, nuestro servicio a la Iglesia y nuestro propio testimonio en el mundo.

Pido por eso al Señor que la próxima beatificación de nuestros hermanos suscite en la Orden una vida religiosa y cristiana más intensa, un mayor fervor espiritual y un renovado interés por mantener viva la memoria de tantos ejemplares compañeros de camino. Como San Agustín afirma (ver Sermón 325,1), el culto a los mártires no es fructuoso para ellos sino para nosotros, en cuanto nos anima y fortalece a imitar su ejemplo, el de *“quienes, amando la vida, quisieron morir. ¿Pensáis que amaron la muerte por el hecho de que la soportaron pacientemente? De ningún modo; ellos amaron la vida y desearon la vida; quienes eligieron morir por la vida quisieron vivir sin muerte; pero despreciaron lo que es breve para llegar a lo que perdura largamente”* (Sermón 335/B, 2).

Que el martirio de nuestros hermanos nos anime a no temer la muerte, sino a desear siempre la vida verdadera, que es Cristo, para que le amemos y sirvamos fielmente, y gocemos con Él y con los mártires para siempre.

Os saludo cordialmente

P. Robert F. Prevost
Prior General O.S.A.